

Por una historia social y política del catolicismo en la Argentina del siglo XX

Por Miranda Lida[□]

(UTDT- UCA-CONICET)

Resumen

El artículo propone una lectura de la historia política del catolicismo en la Argentina del siglo XX anclada en la historia social. En especial, se discute la significación social, cultural y política del "catolicismo integral", en especial, desde la década de 1930 en adelante. El discurso del catolicismo integral ha sido ampliamente estudiado en lo que respecta a su matriz ideológica, así como también a través de su relación con las Fuerzas Armadas. En este trabajo se llama la atención por la relación que este discurso estableció con la sociedad a través de los medios de comunicación de masas. Otra de sus expresiones visibles fue el "catolicismo de masas", de gran envergadura, sobre todo, en entreguerras.

Palabras clave: Iglesia Católica- Argentina- siglo XX- historia política- historia social-

Summary

This article offers a review of the political history of Catholicism on Twentieth Century Argentina from the point of view of social history. Specially, we discuss the social, political and cultural significance of integral Catholicism, from the thirties onwards. The ideological speech of integral Catholicism, specially its relation to the Army has been widely studied. Nevertheless, we focus here on the relation between society and integrism, through its appearance in mass-media. Mass Catholicism was one of its most prominent expressions.

Key Words: Catholic Church- Argentina- XX Century- Political history- Social history

[□] Doctora en Historia (Universidad Torcuato Di Tella, 2003). Profesora en la Universidad Torcuato Di Tella y en la Universidad Católica Argentina. Investigadora Adjunta en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET). Directora del Programa de Investigación "Historia de la Iglesia en la Argentina Contemporánea" (Departamento de Historia, UCA). Ha publicado numerosos artículos en libros y revistas especializadas, de la Argentina y del extranjero, acerca de diferentes temáticas en torno a la historia del catolicismo en la Argentina, sus relaciones con la sociedad y la política, sus vinculaciones con el mundo de la cultura, la prensa y los medios de comunicación. Coeditó, junto con Diego Mauro, coedición de *Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina, 1900-1950* (Prohistoria, Rosario, 2009); y escribió, *Dos ciudades y un deán. Biografía de Gregorio Funes* (Editorial Eudeba, 2006).

Catolicismo, sociedad y política: nuevos desafíos historiográficos

No es ninguna novedad el hecho de que a los niños, en general, no les divierte demasiado que sus padres los envíen al catecismo. Al igual que lo que ocurre con la visita al dentista, el catecismo constituye una actividad a la cual los chicos suelen asistir a regañadientes, forzados o incluso arrastrados; y si se resisten, bien podría sospecharse que tienen algo de razón. Quizás por eso tantos sacerdotes y catequistas, que difícilmente ignoran esta realidad, han debido ingeniárselas de mil maneras para hacerles simpáticos a los chicos los preceptos y las enseñanzas sagradas más elementales. Las estrategias empleadas para atraer a la infancia son de lo más variadas, y más se ha podido desarrollar esta gama de alternativas a lo largo del siglo XX, donde la creciente disponibilidad de recursos provenientes de la expansión de la cultura de masas acrecentó como nunca antes el tiempo de ocio y las actividades recreativas que le suelen estar asociadas. En este contexto, la enseñanza de la doctrina cristiana debió adaptarse a estos nuevos lenguajes si acaso quería lograr su cometido de llegar a la mayor cantidad de niños posible, evitando que estos se distrajeran con la vasta gama de alternativas que ofrece el despliegue de las industrias culturales en las sociedades modernas.

Así, el cine, el fútbol, los juegos de todo tipo, los campamentos, los paseos de fin de semana pasaron progresivamente a formar parte del elenco de las actividades que se desplegaban en las parroquias católicas y, por extensión, en la Iglesia en su conjunto¹. El tiempo de ocio fue objeto de una intervención que no fue sólo moralizante; la Iglesia era capaz de participar en él ofreciéndoles a sus potenciales seguidores una agenda de actividades en la que se procuraba no dejar ningún hueco sin llenar. En la Argentina moderna, en pleno siglo XX, estos recursos fueron mucho más variados y ricos de lo que es dable imaginar. En una sociedad cada vez más compleja y móvil, se hace difícil atraer al público sólo con rosarios, homilías y devocionarios. Porque al católico común y corriente es necesario atraerlo, estimularlo, llamar su atención. Ya lo sabían muy bien los sacerdotes de los primeros años del siglo XX, que introdujeron de buena gana las proyecciones de cine y los partidos de fútbol, jugados en el potrero cercano a la iglesia; con el correr de los años, por otra parte, no tardaron en aparecer nuevos atractivos cuya única finalidad era acercar mayor número de adeptos —no necesariamente fieles, y menos todavía militantes— a su redil. De todas estas estrategias, entre otras cosas, trata la propuesta de investigación que aquí presentamos a grandes trazos, en la que se sugiere la necesidad de poner el foco en la historia social y política del catolicismo argentino. En última instancia, lo que está en juego es la multifacética relación entre la Iglesia y la Argentina moderna, una relación que no se agota en oposiciones tajantes, sino que está hecha de intercambios múltiples, en todas direcciones.

Nos interesa, en un sentido amplio, detenernos en los recursos y las diferentes atracciones a los que el catolicismo ha debido apelar a lo largo de la historia argentina contemporánea para asegurarse seguidores más o menos fieles entre sus filas. Ello incluye desde la administración del tiempo de ocio, hasta las formas de incorporación de las industrias culturales, la organización de campeonatos deportivos, así como también el uso del espacio público, los paseos, la apropiación de la calle y de los más variados rincones de las ciudades para todo tipo de actividades, incluida la movilización de masas. De este modo, el catolicismo se entronca — puede advertirse— con una amplia gama de fenómenos que hacen a la vida cotidiana en cualquier ciudad moderna, que van desde el tiempo de ocio, al turismo, los medios masivos de comunicación, el consumo, los deportes de masas, las transformaciones urbanas y — no menos importante— las formas de hacer política propias de una sociedad moderna y de masas, formas que el catolicismo supo hacer

¹ Acerca de la relación entre catolicismo y tiempo de ocio, véase Romero, L. A. (1995) "Nueva Pompeya, libros y catecismo", en Romero, L. A. y Gutiérrez, L., *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires: Sudamericana; Lida, M. (2005) "Catecismo, cine y golosinas. La Iglesia Católica y la infancia a comienzos del siglo XX", *Todo es historia*; Mauro, D. (2009) "Los dueños de la pelota. El catecismo y sus rostros: fútbol, juegos y meriendas, Santa Fe, 1900-1937", en Folquer, C. y Amenta, S., (eds.) *Sociedad, cristianismo y política. De la colonia al siglo XX*, UNSTA, Tucumán.

Catolicismo, sociedad y política: nuevos desafíos historiográficos

suyas desde muy temprano en el siglo XX, tanto a través de su uso del espacio público como de la transmisión de un discurso político que aspiraba a mostrarse —aunque sólo fuera a primera vista— lo más compacto y homogéneo posible.

Llegamos así, pues, a los aspectos netamente políticos en la historia del catolicismo, que se advierten a través de sus formas de organización militante, su presencia creciente en las calles, los discursos políticos difundidos masivamente a través de los medios de comunicación y el modo en que se hicieron visibles sus tradiciones ideológicas, más de una vez en abierta conflagración, aunque sólo fuere retórica, con sus rivales ubicados por fuera del campo católico. Aquí reside una de las cuestiones que más ha sido estudiada en relación con la historia del catolicismo argentino: su estrecha relación con la agitada vida política a lo largo de la historia argentina del siglo XX².

Esta relación se ha estudiado ya sea a través del análisis acerca del papel desempeñado por la jerarquía eclesiástica durante las coyunturas más críticas de la historia argentina contemporánea —la década de 1930, el peronismo, la dictadura de 1976—, o bien por medio del estudio pormenorizado de sus ideas políticas, sus tradiciones ideológicas, sus intelectuales y las polémicas más agueridas en las que intervinieron. La Iglesia Católica, en tanto que factor político en la historia argentina, ha concitado creciente interés en los últimos años, tanto en la bibliografía académica como de divulgación, con el propósito de dar en ella con una clave que permita entender las vicisitudes de la historia política contemporánea y, en especial, el problema de la debilidad de la democracia, en especial entre 1930 y 1983. En este marco, Iglesia y poder militar suelen ser presentados juntos, como dos actores que tienden a alimentarse recíprocamente: la primera le habría proporcionado al segundo argumentos morales, teológicos e ideológicos que justificaban todo su accionar —incluso el más deplorable—, mientras que las Fuerzas Armadas por su parte habrían sabido retribuir aquel apoyo por medio de concesiones y favores de diverso calibre. En líneas generales, pues, los estudios se han concentrado en analizar la relación entre la Iglesia Católica, el Estado y la política en coyunturas decisivas, en especial aquellas que estuvieron signadas por el poder militar. Alianzas estratégicas u oposiciones veladas, resistencias y negociaciones, beneficios políticos o confrontación lisa y llana: las actitudes que la Iglesia parece haber adoptado frente a los vaivenes políticos oscilan entre alternativas cambiantes. En cualquier caso, ha sido la preocupación por entender la relación entre la Iglesia y la política la que ha prevalecido.

Esta preocupación se hizo eco, sobre todo, de los debates que trajo consigo la recuperación de la democracia en 1983, y de las hondas expectativas refundacionales que esa fecha supuso para la sociedad argentina. Precisamente bajo este impulso refundacional la Iglesia y las Fuerzas Armadas se tiñeron de una imagen sombría y oprobiosa por demás, y en algunos casos llegaron incluso a ser demonizados, y más en un momento en el que salía a la luz el *show del horror* y la cuestión de los derechos humanos comenzaba a brotar a flor de piel. La imagen que ambas corporaciones habían sabido cosechar en la sociedad argentina desde décadas atrás, sin duda más benévola de lo que parecía en plena vigencia de aquel humor antidictatorial que emanó a borbotones durante la transición a la democracia, quedó prácticamente sepultada en el olvido. Y a pesar de que antaño los desfiles militares habían sabido gozar de enorme popularidad —la marcha de los reservistas es uno de los tantos ejemplos en este sentido—, así como también supieron encontrarla las más importantes fiestas religiosas que puso en movimiento el catolicismo, alcanzando dimensiones de masas, se hizo difícil advertir —al menos en un principio— que era necesario dejar atrás la literatura en clave de denuncia.

² En este sentido los ejemplos abundan. Entre otros posibles, Zanatta, L. (1996) *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: UNQ; Mallimacci, F. (1992) *El catolicismo integral en la Argentina 1930-1946*, Buenos Aires: Biblos.

Catolicismo, sociedad y política: nuevos desafíos historiográficos

En efecto, la historia de la Iglesia Católica en la Argentina no quedó reducida a la sola acusación en torno al modo en que las jerarquías eclesíásticas habrían obrado a lo largo de la historia reciente. Así, con el correr del tiempo, por suerte, las interpretaciones se han ido matizando lo suficiente a tal punto que se ha hecho posible hoy el desarrollo de una investigación académica, ceñida a los cánones de la disciplina histórica, que está tratando de alcanzar un análisis más equilibrado y ecuánime del papel de la Iglesia en la historia argentina contemporánea. Las complejidades de la institución eclesíástica han salido así a la vista, al igual que sus matices, sus contradicciones internas y sus transformaciones a lo largo del tiempo. Sobre esta base, proponemos aquí la necesidad de iluminar bajo un nuevo ángulo la historia política del catolicismo argentino. Recurrimos para ello a las herramientas que nos proporciona la historia social del período, porque creemos que constituye un prisma que podrá mostrar nuevos matices, por demás sutiles, que echarán nueva luz sobre la historia política del catolicismo, quizás la más conocida y divulgada. ¿En qué sentido?

Las intervenciones públicas de la Iglesia, sus discursos, sus tradiciones ideológicas, sus reivindicaciones en el plano político e incluso estatal, deben ser comprendidas no sólo a través del análisis de su relación con los poderes políticos de turno, sino además en relación con la sociedad que escucha aquellas intervenciones, les da sentido, está o no de acuerdo con ellas y es en definitiva la destinataria última de sus discursos públicos más manifiestos. Bajo esta óptica, más atenta al modo en que los discursos circulan y se reciben socialmente, antes que a la pura intencionalidad del emisor, creemos posible echar nueva luz a la comprensión de una de las tradiciones ideológicas que más peso ha tenido en el siglo XX: el así llamado integrismo católico. Nacido como respuesta defensiva frente a los avances de la secularización, de la modernidad y del liberalismo que tuvieron lugar a lo largo del siglo XIX, el integrismo católico se caracterizó por reclamar la necesidad de una cristianización plena de todos los ámbitos de la vida social. Suele datarse en la década de 1930 su irrupción política de peso en la Argentina, en un proceso que se dio a la par de la interrupción de la legitimidad republicana³. El Ejército y la Iglesia comenzaron entonces a ocupar un lugar cada vez más relevante en la esfera política, tal como quedó consignado en el nacimiento del “mito de la nación católica” que identificó el historiador Loris Zanatta. La Iglesia comenzó a proclamar que la nación entera, sin matices, era católica, en una fórmula que no admitía discusión alguna. Este discurso, por demás asfixiante, se volvió hegemónico en el catolicismo de la época, al precio de sofocar las demás voces que intentaban hacerse oír en el seno del catolicismo; tuvo tal fuerza que fue capaz de encontrar ecos y reminiscencias ulteriores, incluso muchas décadas después. Así, pues, la Iglesia habría aportado su cuota de “infamia” a la década de 1930.

A estos años —en efecto— se los dio en llamar “la década infame”, una fórmula de uso generalizado que tiñó no sólo buena parte de los libros de historia, sino además el sentido común que suele tener sobre la historia argentina mucha gente que está lejos de ser especialista. El año 1930 es el origen de la “leyenda negra” en la historia argentina del siglo XX, puesto que la década se inició con una ruptura institucional que supuso el ingreso del poder militar, amparado a su vez en el poder eclesíástico, en la escena política. El contexto internacional, por su parte, agravaba todavía mucho más el cuadro de situación. La crisis económica de 1929 puso en jaque el ya débil consenso liberal y la llegada de Hitler al poder en 1933 no tardó en amenazar, a su vez, la paz en Europa que, desde los tratados de París de 1919, se había mostrado insegura y tambaleante. En este contexto, la Argentina tan sólo procuraba no quedar arrastrada por

³ En este sentido, Lida, M. y Mauro, D. (2009) "Sine ira et studio", *Catolicismo y sociedad de masas. Argentina 1900-1950*, Rosario: Prohistoria; y de Lida, M. (2010) "El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico", en Folquer, C. y Amenta, S. (comps.), *Sociedad, cristianismo y política. Tejiendo historias locales*, Tucumán: UNSTA, pp. 395-424.

Catolicismo, sociedad y política: nuevos desafíos historiográficos

el colapso que amenazaba al mundo occidental, un mundo con el que desde hacía décadas se sentía plenamente identificada. Ingresó, pues, en la década así llamada “infame”.

No obstante, esta imagen acerca de la década de 1930 es tan poderosa cuanto vulnerable. Poderosa, porque contribuyó a forjar una lectura del pasado que se ha tendido a repetir como un lugar común y, como tal, se dio por sentado muchas veces sin mayor discusión. No obstante, al mismo tiempo resulta hartamente vulnerable, porque en cuanto uno comienza a rasgar el velo que la oculta, la década del treinta se revela tanto más compleja y densa de lo que parece a primera vista.

Puesto que —argüiremos— la retórica integrista, ferozmente antiliberal, expresaba algo más que un mero afán de arrasar con el laicismo. Por más virulento que fuera el discurso de la Iglesia hacia 1930, no debe olvidarse que ese discurso no habría tenido razón de ser si no hubiera habido una sociedad —o al menos parte de ella— dispuesta a escucharlo y prestarle atención. Si la Iglesia Católica pasó a hablar un lenguaje tan virulento, fue porque se topó con una sociedad que de algún modo se tornó receptiva a ese tipo de retórica. Si olvidamos este aspecto, corremos el riesgo de suponer que el desarrollo del integrismo católico se habría debido únicamente a la voluntad de las jerarquías eclesásticas de ocupar el centro de la vida nacional. Es necesario preguntarse por el receptor de aquella retórica: si no hubiera habido una sociedad que prestaba atención a un discurso como aquel, difícilmente la Iglesia se habría tomado el trabajo de difundir masivamente “el mito de la nación católica”. No bastó con la sola voluntad de las jerarquías eclesásticas para que el integrismo católico se convirtiera en lo que fue; la sociedad fue también partícipe de aquel renacimiento católico.

En este punto, la historia social se vuelve una herramienta clave para iluminar la historia política: tan sólo cuando demos cuenta de los receptores de aquel discurso, y del contexto en el que esa misma retórica católica logró encontrar un público de masas, lograremos explicar por qué el integrismo alcanzó tamaña fuerza en la sociedad argentina. El “mito de la nación católica” no sólo se escuchaba en las homilias del domingo en las parroquias de todo el país, sino que además salía a la calle en movilización y se difundía con profusión a través de los medios de comunicación de masas, fueran o no católicos. La fuerza de aquel mito no dependía sólo de la autoridad de quien lo enunciara, a saber, la Iglesia; lo que contaba era que fuera eficiente, es decir, que fuera capaz de darle algún tipo de sentido a la vida de aquellas personas que lo recibían con cierta aceptación, aunque fuese tácita. De ahí la inquietud por abordar estos temas desde la historia social, tomando como nudo central el modo en que se desarrolló el catolicismo integral desde la década de 1930 en adelante.

La década del treinta ocupa así el lugar de un ineludible punto de partida, pero es también al mismo tiempo un punto de llegada. Si el catolicismo alcanzó en esos años una importante presencia en la sociedad y la política argentinas, se torna imprescindible hacer mención de las condiciones sociales que hicieron posible esa posición de relevancia, prestando atención al modo en que desde los años finales del siglo XIX el proceso de modernización que tuvo lugar en la Argentina le permitió a la Iglesia construirse institucionalmente, afianzando su presencia a nivel territorial, una vez que la consolidación del Estado, las transformaciones socioeconómicas y el desarrollo de la red de transportes hicieron posible que avanzara la construcción de la Argentina moderna. La Iglesia Católica que emanó de allí era una institución cada vez más compleja, con un entramado institucional denso —contaba con un creciente número de diócesis, sacerdotes, parroquias, capillas y asociaciones de laicos a lo largo de todo el país—, que cumplía funciones en los más variados ámbitos de la sociedad, tanto en las grandes ciudades como en las zonas rurales, en los balnearios más conspicuos y en las barriadas populares. La historia del catolicismo puede leerse, también, en relación con la expansión de la

urbanización en la Argentina del siglo XX. Sobre esta base, el catolicismo se fue afianzando, a la par que estrechaba sus lazos con la sociedad argentina.

Y a medida que nos adentremos en el siglo XX argentino, párrafo aparte merece sin duda la turbia relación con el peronismo. No porque Perón haya tenido la intención premeditada de ponerle trabas a la Iglesia, o incluso de colisionar con ella; en este sentido creemos que es necesario pensar la "zona gris" que se erige en la relación entre ambos términos⁴. Pero no se pudo evitar que sus efectos se hicieran sentir, de todos modos, sobre el catolicismo a tal punto que llevaría a alterar el tono de las movilizaciones religiosas de masas tal como hasta entonces se las conocía: se volvió necesario dejar a un lado la reverencia y la solemnidad habituales en las procesiones. Por contraste con tal aspecto ritual, el 17 de octubre encontró a las multitudes en pleno júbilo con sus pies en la fuente de la Plaza de Mayo, tal como las retrató una célebre foto. El peronismo de 1945 se nutrió de un espíritu fuertemente carnavalesco, difícil de conciliar con el orden y la rigidez de las fiestas católicas más tradicionales. Las banderas y las consignas coreadas por las multitudes — ya no en el ceremonioso latín de la década de 1930, sino en un español a veces demasiado tosco, cuando no pendenciero— se volvieron contagiosas.

En este contexto, la relación entre el catolicismo y la sociedad se fue modificando. La expansión de las clases medias; los avances en el proceso de "democratización del bienestar" —en los términos de Juan Carlos Torre—; los cambios en la cultura, en el consumo, en las costumbres y en las relaciones de género; las transformaciones que tuvieron lugar en las formas de hacer política: son todos factores que repercutieron con fuerza en el modo en que se fue tejiendo la relación entre la Iglesia Católica y la sociedad argentina en la primera mitad del siglo XX. Tanto es así que ya para la década de 1950 pueden advertirse cambios que habrán de signar los años por venir: así, la popularización de los campamentos juveniles de verano, las misiones rurales o en villas miseria, las peñas folklóricas desarrolladas en sedes parroquiales, entre otras novedades⁵. El desarrollismo, muy en boga luego de la Revolución Libertadora en los más vastos sectores sociales y políticos gracias a su volatilidad, impregnó también al catolicismo de la época. Como nunca antes, la Iglesia comenzó a acercarse a ranchos, villas miseria, pueblos de frontera y, en pocas palabras, a la Argentina "profunda" que era ignorada por las clases medias de las grandes ciudades: las nuevas diócesis creadas luego de la caída de Perón en las provincias más "subdesarrolladas" del país fueron un neto producto de este cambio de sensibilidad. Vinieron a darle un nuevo aspecto al catolicismo, que recobraba así su poder de atracción, gracias a lo que podríamos denominar una sensibilidad antiburguesa que —desarrollismo mediante— se desplegaría a través de todas esas nuevas prácticas que el catolicismo puso en acción a fin de atraer a los jóvenes, a la par que los alejaba del consumo estandarizado propio de la gran ciudad, y todo lo que esto implicaba. De este modo se fue delineando un estilo de Iglesia Católica en el que pasaron a prevalecer rasgos cada vez más llanos, menos solemnes; en lugar de vistosos ornamentos sagrados y lujosos atuendos, comenzó a reclamarse una mayor sencillez y austeridad en el culto. Lo más visible fue sin duda la tendencia de los sacerdotes a dejar a un lado las anticuadas sotanas, así como también la tonsura, para pasar a adoptar un aspecto más moderno y dinámico, cuya expresión más elocuente fue la utilización creciente del *clergyman* —el moderno traje sacerdotal, con su típico cuello— que se volvió de uso generalizado a mediados de la década de 1960.

⁴ Sobre la relación entre catolicismo y peronismo, existe abundante bibliografía. Remitimos a Caimari, L. (1994) *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*, Buenos Aires: Ariel. También, Lida, M. (2005) "Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 27, pp. 139-148 y Lida, M. (2010) "Catolicismo y peronismo: la zona gris", *Boletín Ecos de la Historia*, Universidad Católica Argentina, 6.

⁵ Desde una perspectiva centrada en la historia intelectual, Zanca, J. (2006) *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Todo ello terminó de un modo u otro por provocar una profunda modificación en la imagen tradicional de la Iglesia, solemne, ceremoniosa y rígida hasta no mucho tiempo atrás. Los cambios quedaron condensados en todas las novedades que trajo consigo el Concilio Vaticano II que, en plena década de 1960, vino a *aggiornar* las facetas más anquilosadas de la institución, al menos a primera vista. Y con ello se le abrió el paso a que arraigaran nuevas ideas tanto teológicas cuanto políticas, así como también a que se apelara a estrategias cada vez más innovadoras para atraer al público y, en especial, a los jóvenes, que se acercaron con entusiasmo a un catolicismo que, a fuerza de campamentos, misiones populares y otras tantas actividades parroquiales que desafiaban el tono homogéneo y estandarizado de la sociedad de consumo y de la televisión, lograría un éxito sin precedentes entre la juventud. Los jóvenes, en efecto, se acercaron al catolicismo y arrastraron consigo todo su ímpetu: las canciones de rock y de folklore, las nuevas modas de los años sesenta y también la política, que venía dada por añadidura. El saldo de ello fue la creciente politización de los más variados ámbitos católicos, y su tendencia a confundirse, por momentos, con la radicalización revolucionaria propia de los años finales de la década de 1960: el muy popular Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, de estrechos vínculos con los Montoneros, fue su expresión más elocuente⁶.

Sobre esta base, fue imposible que la Iglesia Católica permaneciera a resguardo de las convulsiones de la agitada década de 1970; no pudo permanecer al margen del estallido de la violencia política, de la que no quedó exenta, así como tampoco lo hizo casi ningún otro actor de la sociedad argentina. Tanto es así que las principales organizaciones armadas de los años setenta, el ERP y Montoneros, tuvieron al catolicismo como uno de sus interlocutores, incluso en sus momentos más difíciles; en 1976, cuando la represión militar arreciaba, ambas agrupaciones dirigieron sendas cartas abiertas al clero argentino, con la expectativa de que éste alzara enérgicamente su voz a fin de lograr poner un freno a la represión. La imagen de la Iglesia como cómplice de la dictadura, que tanta fuerza adquirirá en los años que siguieron a 1983, no era para nada nítida, al menos en principio⁷. Y si bien en los tiempos de la dictadura se habló de un cierto renacimiento religioso, que se hacía eco del creciente público que asistió a las peregrinaciones a pie a Luján, entre otras, lo cierto es que el tono de cruzada, tan caro al integrista heredado de los años treinta, no se hizo oír en el catolicismo de masas de los años "de plomo". Sobre estas bases, la adaptación —luego— a la vida en democracia no resultaría tan traumática para la Iglesia Católica, a pesar de todos los cambios que la década de los ochenta traería consigo en la sociedad, la cultura y la política. Con toda su carga regeneradora, la democracia "perdida y recuperada" no llegó a despertar hondas reticencias ni desconfianzas generalizadas en el seno del catolicismo, no obstante lo poderoso de su pasada tradición integrista a lo largo del siglo XX. Luego de 1984 y, más aún, luego de los levantamientos militares que jalonaron la presidencia de Alfonsín, prácticamente no hubo en el clero voces que osaran poner en duda el consenso democrático. Las pocas que pudo haber habido no alcanzaron eco favorable en la sociedad; por el contrario, fueron hondamente repudiadas. De este modo, pues, el consenso en torno a la democracia se afianzó, aunque a veces a riesgo de mostrarla como si se tratara, casi, de una panacea.

A través del recorrido propuesto a lo largo de la historia del catolicismo argentino en el siglo XX, iluminada a su vez por la historia social, confiamos en poder dar cuenta del modo en que se fue conformando históricamente la relación entre la Iglesia Católica y la sociedad argentina, así como también las consecuencias políticas que se derivaron de ello. Puesto que la relación entre la Iglesia y la

⁶ Martín, J. P. (1992) *El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Un debate argentino*, Buenos Aires: Guadalupe; Touris, C. (2008) "Sociabilidad e identidad político-religiosa de los grupos católicos tercermundistas en la Argentina (1966-1976)", en Moreyra, B. y Mallo, S. (eds.), *Miradas sobre la historia social argentina en los comienzos del siglo XXI*, Córdoba: CEH, pp. 763-783.

⁷ Fabris, M. (2011) *La Conferencia Episcopal en tiempos de retorno democrático, 1983-1989. La participación política del actor eclesialístico*, Tesis doctoral, Universidad Nacional de Mar del Plata.

DOSSIERS

Catolicismo, sociedad y política: nuevos desafíos historiográficos

política no se explica sólo por las tendencias y los discursos ideológicos presentes en el seno del catolicismo, de lo que se trata es de comprender cómo circulan socialmente estos mismos discursos y cómo el catolicismo fue procurándose de recursos con el objeto de dar con los más variados receptores dispuestos a escucharlo. De eso se trata esta propuesta, dirigida a sugerir las bases de una historia social y política del catolicismo argentino.